

Tercer Domingo de Adviento A2022

Llegamos al tercer domingo de Adviento. En la tradición de la Iglesia este domingo se llama “Gaudete Domingo”, es decir el domingo de la alegría. Nos recuerda la alegría que experimentó el mundo por el nacimiento de Jesús y la alegría que tenemos de llegar a este punto medio del Adviento en la espera de nuestro Señor.

La alegría de este domingo es arraigada en las palabras de San Pablo a los Filipenses 4, 4-6: “Están siempre alegres en el Señor. Lo diré de nuevo: alégrese... El Señor está cerca”. La Iglesia nos llama a regocijarnos anticipando la venida de nuestro Señor. Simbólicamente esta alegría es expresada con el color rosa.

De acuerdo con las lecturas de este domingo, fijemos el contexto social de esta alegría. En efecto, sabemos que la vida humana está atravesada por dificultades, y sufrimientos. Al enfrentarse a tales situaciones, muchos caen fácilmente en la desesperación, especialmente cuando han intentado todo para mejorar la situación sin éxito. Es en similar situación que se encontró el pueblo de Israel después de muchos exilios y deportaciones consecutivas que azotaron a su país.

Mientras todo se veía sombrío y sin esperanza, de repente salió el profeta Isaías, invitando al pueblo a regocijarse pues Dios estaba a punto de consolarlos. Lo que más llama la atención es que mientras Israel esperaba una liberación política, el profeta amplía la perspectiva e incluye una dimensión espiritual a la liberación. El Dios, de quien se espera que libere a su pueblo, es también el que restaurará la integridad física de los enfermos y discapacitados.

Así, el profeta puede decir: “He aquí que su Dios; vengador y justiciero, viene ya para salvarnos. Se iluminarán entonces los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos se abrirán. Saltará como un ciervo el cojo, y la lengua del mudo cantará”. Como si todo esto fuera poco, la liberación toma una dimensión cósmica hasta el punto que Isaías habla de la tierra que será transformada. El desierto y la tierra árida se regocijarán, la estepa se regocijará y florecerá.

¿Era este mensaje de Isaías una utopía? Desde el punto de vista histórico, hay que reconocer que a Israel le había costado mucho ver el cumplimiento de esta profecía a causa de las múltiples deportaciones que sufrió. El mensaje de liberación y su promesa, sin embargo, permanecieron vivos en el corazón de muchos y sostuvieron su esperanza en tiempos difíciles. Fue en esta perspectiva que tomó forma en Israel la idea de la venida del Mesías. Se creía que cuando venga el Mesías todo cambiará para bien. No sólo se regenerará la tierra y se fortalecerán los miembros débiles de la comunidad, sino que incluso los enfermos recuperarán la salud por completo.

Es en la línea de esta espera mesiánica que Juan Bautista presenta su mensaje, preparando al pueblo para la venida del Mesías. El problema, sin embargo, es que mientras la predicación de Juan se refería al juicio inminente de Dios, la predicación de Jesús se enfocaba particularmente en la paciencia y la misericordia de Dios. Esta diferencia de visión explica por qué Juan envió a sus discípulos a interrogar a Jesús si él era el Mesías o debían esperar a otro. En su respuesta, Jesús muestra claramente que la profecía de Isaías se cumple completamente en él. Como prueba: bajo su acción, los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, ya los pobres se les anuncia la buena noticia.

En otras palabras, Jesús es realmente el Mesías prometido y esperado por Israel, pero su visión de su misión es muy diferente a la que tenían el pueblo y el Bautista. Su concepción no es la de un Dios vengativo, sino la de un Dios misericordioso, paciente y perdonador, aunque también puede ser juez.

En su encuentro con los discípulos de Juan, Jesús no dice directamente que él es el Mesías. Les dejó ver lo que hace. Significa que los que se encuentran con Jesús deben trabajar a partir de lo que oyen y ven y toman una decisión de fe a su favor. La decisión de fe nos pertenece a nosotros y sólo a nosotros; tenemos que lograrlo o perderlo.

Hay algo que quiero decir: la concepción que Juan tiene del Mesías es totalmente diferente a la de Jesús. Este hecho nos enseña que nuestras ideas acerca de Dios se basan muy a menudo en el razonamiento humano y en las formas humanas de pensar. Y, sin embargo, Dios está siempre más allá de nuestros pensamientos y nuestra imaginación. Nunca dejaremos de sorprendernos y hasta de confundirnos. Dios es siempre más de lo que podemos pensar y decir de él. Juan pensó en Jesús como un libertador político mientras que Jesús era un Mesías espiritual.

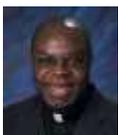
Ahora, permítanme presentarles dos desafíos: Primero, vimos que, a pesar de la promesa de la liberación para el Mesías, Israel pasó por muchos sufrimientos. Este hecho suscita una pregunta: ante nuestra propia situación de sufrimiento, crisis de vida, retrocesos en matrimonios, pérdida de seres queridos, y a veces evidentes fracasos en nuestros emprendimientos, ¿es posible sufrir y seguir creyendo en Dios como los israelitas? Este es el desafío que tenemos que asumir hoy en nuestra cultura moderna.

Segundo, vimos en el Evangelio que, a pesar de la predicación de Juan sobre Jesús, no estaba seguro de si Jesús era el Mesías o no. Y, sin embargo, Jesús lo reconoció como el mayor entre los hijos nacidos de mujer y quien le ha preparado el camino. Este hecho suscita una pregunta: ¿Puede la fe ir acompañada de la duda y la perplejidad?

Permítanme ofrecer algunas perspectivas: la fe no necesariamente suprime la duda y el sufrimiento. Donde hay duda, tenemos que dejarnos guiar con discernimiento para encontrar una respuesta a nuestro problema. Donde enfrentamos cualquier tipo de sufrimiento, necesitamos paciencia y perseverancia hasta que el Señor nos visite y nos libere.

Esto es lo que Santiago nos propone en su carta. Tenemos que actuar como un labrador que trabaja duro cavando, sembrando y regando. Incluso si sabe que todo depende de Dios, trabaja de todos modos. El hace su parte y deja que Dios haga la suya. En nuestro dolor y sufrimiento, en nuestra duda y perplejidad, estamos invitados a hacer lo mismo. Después de haber cumplido con nuestros deberes, ponemos todo en las manos de Dios y lo esperamos con paciencia y valentía. ¡Que esperemos la venida de nuestro Señor con alegría y caridad! ¡Dios los bendiga!

Isaías 35: 1-6^a, 10; Santiago 5: 7-10; Mateo 11: 2-11



Fecha de la Homilía: el 11 de Diciembre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20221211homilia.pdf